

Olga Romay Pereira

BAJO EL CIELO
DE ALEJANDRÍA



Ediciones Corona Borealis

Bajo el cielo de Alejandría - Olga Romay Pereira

© Olga Romay Pereira
© 2021, Ediciones Corona Borealis
Avda. Gregorio Prieto, 19 A
29010 Málaga
Tlf. 0034-951336282
www.coronaborealis.es

Maquetación editorial: Georgia Delena
Diseño de cubierta: Sara García

ISBN: 978-84-123615-9-9
Depósito Legal: MA 827-2021

Primera edición: agosto 2021

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Printed in Spain - Impreso en España

Índice

PRIMERA PARTE: BERENICE.....	13
Capítulo 1: La mujer que llegó del mar.....	15
Capítulo 2: El mensaje desde Macedonia.....	27
Capítulo 3: El judío de Alejandría.....	33
Capítulo 4: La petición de Casandro.....	43
Capítulo 5: La cura egipcia para el rey Filipo Arrideo.....	51
Capítulo 6: El pez dorado.....	57
Capítulo 7: Diamantes o esmeraldas.....	63
Capítulo 8: La furia de Olímpade.....	69
Capítulo 9: El baño del harén.....	85
Capítulo 10: Polillas en la tumba.....	91
Capítulo 11: El oráculo del dios Alejandro.....	95
Capítulo 12: La ladrona.....	97
Capítulo 13: Dido.....	105
Capítulo 14: Berenice y su primo Casandro.....	111
Capítulo 15: ¿Cómo pudiste hacerlo?.....	119
Capítulo 16: Siracusa.....	121
Capítulo 17: La huida.....	127
Capítulo 18: Eris y Olímpade.....	135
Capítulo 19: Todos muertos.....	143

Capítulo 20: El bebé entre las cañas de papiro	149
Capítulo 21: Las noches de Alejandro	157
Capítulo 22: Cleopatra, la nueva esposa	159
Capítulo 23: Cuando el dios ruga.....	163
Capítulo 24: La prometida	171
Capítulo 25: La alcoba de Menelao	177
Capítulo 26: La conspiración de los pajes.....	181
Capítulo 27: Ptolomeo furioso.....	187
Capítulo 28: Rumbo a Gaza.....	193
Capítulo 29: La derrota es huérfana.....	203
Capítulo 30: La verdad sobre Fila	207
SEGUNDA PARTE: ALEJANDRÍA.....	211
Capítulo 1: La jaula de oro del palacio de Menfis.....	213
Capítulo 2: Le trataron con exquisita amabilidad.....	221
Capítulo 3: Tu rostro y el mío.....	227
Capítulo 4: El burdel de Demetrio.....	231
Capítulo 5: La pimienta en la despensa de Eurídice.....	235
Capítulo 6: Más dinero esposo mío.....	239
Capítulo 7: Demetrio sobre el lomo de la bestia.....	241
Capítulo 8: El orto de Sirio.....	247
Capítulo 9: Podía pasar por egipcio.....	257
Capítulo 10: Ptolomeo Sóter.....	265
Capítulo 11: A diez días de Alejandría.....	269
Capítulo 12: El rostro del hombre que va a matar a otro.....	273
Capítulo 13: El jardín de los venenos.....	283
Capítulo 14: Un heredero llamado <i>Cenauros</i>	287
Capítulo 15: Sonrisas cínicas en Atenas.....	291
Capítulo 16: La falsa Roxana.....	301
Capítulo 17: Octavio y Cleopatra.....	319

Menfis, año 319 a.C

Huyendo de los lamentos de su esposa, que se hallaba de luto por la muerte de su padre, Ptolomeo entró en el archivo del palacio de Menfis buscando un refugio. En una mesa de pino de diez codos, se hallaba su secretario Nimlot enredado entre los papiros de la correspondencia. Como había supuesto, allí el silencio era absoluto.

—¿Qué tal van los asuntos de Egipto? —le preguntó el general macedonio barriendo con el antebrazo los legajos que como montañas ocultaban al sacerdote.

Nimlot emergió entre los papiros con los ojos pintados de Khol y su hermosa cabeza afeitada pulcramente como si todavía fuese un sacerdote *Uab* del templo de Karnak. La mesa se hallaba frente a la galería desde la cual se veía el puerto fluvial de Menfis. El sol de la mañana había obligado al escriba a correr parcialmente la celosía para trabajar sin ser deslumbrado. Vestía su túnica corta de trabajo emborronada de tinta al igual que la yema de sus dedos.

—¿Qué tal va el luto de tu esposa? Veo que has superado rápidamente la muerte de tu suegro — le respondió el sacerdote, enrollando un papiro procedente de Babilonia sellado con la estrella de dieciséis puntas. Ptolomeo al ver la estrella argéada supo que se trataba de algún miembro de la casa real macedonia, y recordó haber leído la víspera una carta del rey Filipo Arrideo, el hermanastro de Alejandro Magno. En efecto, Nimlot la estaba ahora archivando. El egipcio escribió una pequeña nota como resumen de la carta, le hizo un agujero y con un cordel la unió al papiro de Babilonia. Luego recorrió la amplia estancia para colocarlo en el estante de la letra β.

—No sé qué vi en ti para confiarte el archivo —añadió Ptolomeo sentándose en la mesa y apartando con su fusta una mosca que le atacaba e ignoraba al egipcio—. Cuando en Macedonia un noble te pregunta algo, tenemos por costumbre responder rápido y breve, y es más, si uno tiene frente a sí al gobernador, respondemos de forma sumisa, cabizbaja y con cierto temblor en los labios. Pero he aquí a mi secretario egipcio que desconoce el respeto.

La mosca volvió a atacar a Ptolomeo y éste se golpeó con la fusta al intentar deshacerse de ella. Nimlot tomó un papiro, abrió un diminuto frasco de alabastro, vertió en él una viscosa gota y la mosca acudió rauda. Al quedarse pegada en la mancha, el secretario aprovechó para aplastarla con la paleta de escritura.

—Si alguna vez llegas a ser faraón, conocerás un infinito respeto y no habrá moscas donde tú vayas.

—Esta tarde te espero en el salón de las Ánades donde me informarás sobre los asuntos de guerra, reyes y generales —ordenó Ptolomeo abandonando su asiento en la mesa. Nunca se enfadaba con las impertinencias de Nimlot, más bien le divertían. Iba a marcharse, pero se volvió fastidiado, se había olvidado de un asunto doméstico y era necesario tratarlo. Cabeceó como quien se resiste a tragarse un sapo y tamborileó con los dedos en la mesa del secretario—. También deseo conocer los asuntos de mis dos primeras esposas.

—Haces bien en interesarte, es un problema a la vez irritante y molesto, son las consecuencias de ser rico y elegir esposas manirrotas, te advierto que te enfadarán sus gastos —le explicó Nimlot ladeando la cabeza y añadió sabiendo que le enojaría aún más—¿Y quieres saber también cómo van las obras en Alejandría?

—Sí, sí, claro, las obras de Alejandría, se me olvidaba. Pero te lo advierto, ya no eres sacerdote en Karnak, y yo me aburro con facilidad. Necesito un informe breve. Usaré una clepsidra de agua, creo que es costumbre en Atenas para medir el tiempo en los discursos. En cuanto la última gota de agua caiga, espero que ya me hayas informado de todo.

—Y supongo que también querrás un informe sobre la familia real macedonia.

—¡Por supuesto! —exclamó Ptolomeo—, y no olvides decirme qué está tramando la madre de Alejandro.

—Permíteme entonces que sean dos clepsidras y prometo no aburrirte.

—Está bien —le dijo el macedonio —dos clepsidras, eso será todo o te devolveré a Karnak y te sustituiré por un griego.

Nimlot sabía que había menos probabilidades de devolverlo a Karnak de que el Nilo se secase.

Con rapidez, el sacerdote buscó entre las estanterías varias cartas y dedicó el resto de la jornada a trabajar firmemente, mientras Ptolomeo la dedicaba a entrenarse con la espada y el arco en el patio de armas del palacio de Menfis junto a su hermano y los demás oficiales. Las mujeres del palacio deambulaban por los salones fingiendo formar un cortejo fúnebre.

A media tarde, Ptolomeo, aseado y con una amplia túnica de lino que usaba en el palacio cuando no había banquetes ni ejercicios militares, se sentó en la silla egipcia de ébano y marfil regalo del sumo sacerdote de Karnak y que el gobernador usaba para los asuntos del país del Nilo. Nada recordaba a la rígida pompa de Babilonia, en Egipto todavía carecían de ejércitos de funcionarios y protocolos, Ptolomeo dirigía su satrapía como quien dirige un cuartel y su lema rezaba: en asuntos de gobierno hay que ir al grano, pocos consejeros y decisiones prácticas.

Un soldado macedonio abrió la puerta a Nimlot y la cerró tras el egipcio para evitar oídos impertinentes. Nunca se sabe dónde hay un espía.

—Ya veo que tienes lista la clepsidra —dijo Nimlot entrando en la sala de las Ánades. Vestía túnica blanca de biso y olía a aceite de sándalo. Las manchas de tinta habían desaparecido de sus dedos.

Dos recipientes a distinta altura se hallaban preparados. El primero lleno de agua y el segundo vacío esperando el agua que caería del primero.

El sacerdote alzó la vista y se maravilló de los coloridos frescos de aves, y aunque se trataba de una pintura, el secretario imaginó el aleteo de las ánades levantando el vuelo sobre el trono donde se sentaba el gobernador. Completaba el efecto óptico el reflejo de un estanque que se hallaba justo debajo de la galería del salón y producía deslumbrantes juegos en el techo.

—Cuando quieras, Nimlot. Tú mismo puedes abrir la espita—dijo el gobernador apoyando los codos en las rodillas y la mandíbula sobre las manos, como hacía cuando debía concentrarse en los informes de Nimlot.

Nimlot abrió la primera clepsidra y el agua comenzó a correr:

—Al norte de Egipto la guerra continúa entre los generales macedonios sin un ganador claro. Todos los diádocos del difunto Alejandro desean verte tomar partido, pero siguiendo tus órdenes les he dado largas. El más insistente es tu cuñado Casandro, el gobernador de Macedonia, cree que al haberte casado con su hermana Eurídice, os une una alianza militar. Le he escrito tal como me ordenaste, explicándole que la alianza era con su padre, pero fallecido éste, nada te une a él.

El agua seguía su curso, pero Nimlot tenía calculados los tiempos. Prosiguió:

—En Babilonia el hermanastro de Alejandro Magno, Filippo Arrideo, vive rodeado de intrigas en el ala este del palacio de Darío. Su esposa Adea, más viril que el débil rey, ha asumido muchas de sus funciones intentando protegerle, pero no le ha dado un heredero. Nuestro hombre en Babilonia nos informa que los sátrapas persas consideran a Filippo un rey débil, opuesto en virtudes a su hermanastro Alejandro, no le respetan y conspiran contra él. Roxana, la viuda de Alejandro el Macedonio, continúa ocupando el ala oeste del palacio de Nabucodonosor en Babilonia. El hijo que tuvo con Alejandro ha cumplido cuatro años y se cría sano y fuerte.

—¿Y Heracles? —preguntó Ptolomeo.

—Supongo que te refieres al hijo que Alejandro Magno nunca reconoció. El bastardo de Alejandro, Heracles, sigue viviendo en Pérgamo y ya cuenta con once años. Lo cría su madre Barsine ayudada por sus tías

y el eunuco Bagoas. Si quieres ahora te hablaré de tu primera esposa que también vive en Pérgamo y es la tía del niño.

Ptolomeo asintió.

—Me informa el eunuco Bagoas, que tu primera esposa, la persa Barsine y sus hermanas viven en Pérgamo rodeadas de lujos gracias a la asignación que le envías cada año. Entre las tías, malcrían al bastardo de Alejandro. En Pérgamo creen que Heracles es hijo del difunto rey. El resto de los generales macedonios lo desprecian y lo juzgan como un falso aspirante al trono. Ahora te informaré de tu segunda esposa la griega Thais: después del divorcio se ha convertido en una celebridad en Atenas y organiza banquetes donde asombra a los filósofos con sus historias sobre cómo Alejandro conquistó Persia. Mi hombre en Atenas me informa de que es una buena madre y tu hija Irene goza de buena salud.

La clepsidra se vació. Nimlot se agachó, cerró la primera vasija y la llenó con el agua de la que estaba por debajo de ella. Cuando Ptolomeo le hizo una señal, volvió a correr el agua.

—Hablaré ahora de tu molesto vecino del norte, Demetrio y su padre el gobernador de Frigia.

—Ya sabes que Demetrio desgraciadamente también es mi cuñado —le interrumpió Ptolomeo.

—Eso me temo —añadió Nimlot. Recordó que al padre de Demetrio lo apodaban El Tuerto y resolvió llamarlo así—. El Tuerto tiene a Cleopatra prisionera y alimenta a más de cien elefantes en un parque, cada uno con su *mahout* indio. El hijo, es decir Demetrio, tu amado cuñado, lo han descrito tus espías como caprichoso y voluble. Preveo grandes conflictos con ese muchacho, no por su carácter fogoso sino porque se dedica a construir máquinas de guerra y barcos de muchos remos. Conviene estar a bien con toda la familia de tu mujer. Si desean invadir Egipto por tierra, el Sinaí será nuestra protección, pero deberíamos para ello destruir los aljibes de agua de la ruta de Horus para que los elefantes mueran de sed en el trayecto por el desierto. Si vienen por mar, les costará remontar el Nilo.

Nimlot leyó en el rostro de Ptolomeo que no le gustaba nada el asunto. No se equivocaba, la idea de que un general ambicioso invadiese su reino le preocupaba. Pero mientras todos los diádocos estuviesen en guerra entre ellos, sabía que le dejarían en paz.

—Alejandría sigue sin ser habitable. Tu palacio no tiene ni cinco codos de alto, las cloacas diseñadas por Dinócrates son una acequia embarrada y los templos carecen de cimientos. En el puerto duermen en desorden los bloques de piedra llegados desde las canteras de la primera catarata del Nilo. Se dice que en la ciudad de Alejandría los arquitectos superan a los obreros y los primeros han construido con tu dinero lujosas viviendas. Urge encontrar a un hombre capaz. Desde que defenestraste al judío Absalón, todo está sin hacer. Tal vez el gobernador de Egipto desee ser magnánimo y le perdone, Absalón está ofendido porque invadiste Jerusalén durante el Sabbath, los judíos son muy irritables, pero también saben perdonar si se les llena la bolsa. Y para terminar, me gustaría informarte de Olimpíade, la madre de Alejandro Magno, pero me temo que su vida es un misterio y sus intenciones no están claras, me siento incapaz de formarme un juicio sobre ella.

—Gracias Nimlot —dijo Ptolomeo—tus informes son tan exactos como el tiempo de la clepsidra.

Y diciendo estas palabras, la última gota de agua se escurrió del recipiente.

—Eso ha sido todo mi visir. Cuando gustéis os hablaré de cómo va ese dios que os habéis inventado y que se llama Serapis —le dijo y mientras se retiraba añadió—. Parece ser que se trata de un dios ambicioso, ya ha empezado a exigir templos y sacerdotes.

—¿Y de esa mujer que amaste, nunca me vas a hablar? Podemos invitarla al palacio—le preguntó intrigado el macedonio.

Obtuvo el silencio por respuesta.

PRIMERA PARTE: BERENICE



Capítulo 1:

La mujer que llegó del mar.

Una bandada de gansos sobrevoló Menfis cuando Berenice llegó ante la puerta del palacio acompañada de sus tres hijos y una espada macedonia en la mano. Los gansos se posaron sobre la tierra húmeda del jardín del Palacio, picotearon algo entre las flores tropicales y luego alzaron el vuelo sobre las palmeras datileras. Menfis no era su destino, sin embargo, para Berenice Egipto era el final del trayecto.

Los soldados de la guardia se resistieron a detenerla, es más, abrieron las dos puertas de madera y bronce de par en par, como si se hubiese presentado la misma diosa Atenea. Tras las puertas se hallaba un gran patio de ceremonias y al fondo el palacio al que se accedía por una escalera. Una ráfaga de viento hizo flotar el aroma de los jazmines traídos de la India y envolvió su cuerpo como un bálsamo.

Aunque ella hubiese asegurado que estaba allí con la misión de matar a Ptolomeo, los guardianes ni se habrían enterado, estaban tan subyugados por su extraña presencia que le hubiesen franqueado el paso igualmente.

Un ganso rezagado graznó sobre el palacio, siempre hay un ave perdida y desorientada. Berenice alzó la vista y lo vio volar hacia el sur; aunque los gansos habían sido sus compañeros de viaje, era la primera vez que

veía a uno de ellos desde tan cerca, por lo general, sobrevolaban el mar a gran altura y raras veces tocaban tierra.

La mujer pronunció varias palabras en griego con voz suave de acento macedonio. Una pluma flotó en el aire y se posó sobre la losa de granito, pero ella la ignoró apartándola con la punta del pie. Se dirigió al hombre que juzgó de mayor categoría, y no erró, se trataba del general Nicanor que se encontraba a la sombra al pie de las escaleras de la puerta del palacio. El general aguardaba al gobernador de Egipto y a su hermano Menelao, que habían salido a cazar montados en un carro. Debía hablarles de cómo marchaba la guerra entre los diádocos, Eumenes el antiguo cuñado de Ptolomeo se encontraba sitiado.

Nicanor vio a Berenice y olvidó al momento el asunto del que quería hablarle a Ptolomeo, ahora todo carecía de importancia en comparación con aquella mujer.

Berenice se aproximó a él y lo vio abandonar la fresca sombra. El general vestía aquel día una túnica bordada, que sólo usaba para visitar palacio, le daba aspecto pomposo y respetable. Ella, sin saber que estaba hablando con el amante de su madre, le dijo con voz suave, la voz que reservaba para ocasiones especiales, que era la prima de Eurídice y deseaba ver a su madre Antígona. Él se quedó sin habla, tragó saliva, se llevó las manos al cinturón de cuero, y mirando al cielo como si esperase una señal, silbó, lo que a ojos de ella le hizo parecer vulgar. Luego, disimulando una media sonrisa y tras meditar sus palabras le respondió:

— No puedes ser tú, Berenice vive en Pella bajo la protección de Casandro. Guarda luto por su esposo.

Sin embargo, sabía que era ella, aquella muchacha compartía con Antígona el mismo rostro. Todo coincidía, se fijó en los niños que la acompañaban, sí, eran los hijos de Berenice. Él sabía por Antígona de su existencia.

Aun así, Nicanor le preguntó:

—¿Y tu escolta?

Ella negó con la cabeza. Parecía que había atravesado el océano sin ningún hombre que la protegiese y con aquellos tres niños a su cargo. Casi un mes de viaje.

—El espíritu del dios Alejandro ha guiado mis pasos y ésta ha sido mi escolta —respondió Berenice, mostrándole el arma con las dos manos—. La espada de mi esposo muerto.

—¿Y has venido desde tan lejos para ver la tumba de Alejandro, o para hacer compañía a tu madre? Es un camino muy largo y la espada de tu esposo muerto es pesada —le dijo Nicanor. Se fijó en una pluma que se había enredado en su cabello, la tomó, jugó con ella y luego sonrió a Berenice con cierta complicidad, y añadió con tono paternal: — las mujeres con tus manos son incapaces de aguantar más peso que el de una pluma, y sólo un soldado entrenado podría empuñar esa arma —Nicanor no era tonto y sospechaba que el motivo de la llegada de Berenice era otro y que sin duda alguien la había ayudado. En otra época y en otro lugar le hubiese sonsacado la verdad, pero se limitó a decirle: —. Avisaré a tu madre. Espera en lo alto de las escaleras, deja que prepare a Antígona.

Nicanor se volvió. Los guardas permanecían expectantes, necesitaban una orden, les inquietaba no saber qué hacer con aquella mujer, en principio inofensiva, pero que portaba una espada macedonia como si en ello le fuese la vida.

—Nada debéis temer de esta mujer —les dijo Nicanor a los guardias—. Dejadla pasar.

Los dos hijos varones de Berenice, incapaces de permanecer quietos, comenzaron a corretear por el patio de armas; las losas de granito, tantas veces pulidas por el uso, los hacía resbalar. Los soldados les observaban con la misma curiosidad que a la madre.

Su algarabía alertó a los otros hijos de Ptolomeo que salieron por la escalera de entrada para ver a los intrusos. Pronto organizaron un juego que consistía en tirar piedras a una de las almenas, quien hiciese blanco en un disco de bronce era el ganador.

Tras los hijos de Ptolomeo apareció Nimlot, se había dejado crecer el pelo descuidadamente y tenía cierto aire de león flaco. Su intención era regañarles, aquel no era un disco cualquiera, se trataba de una representación del dios solar Ra y al amanecer del solsticio de verano debía producir un reflejo que atravesase la puerta del palacio. Si los niños dañaban el bronce y lo movían, aunque fuese sólo un grado sobre su eje, el dios no bendeciría al faraón.

El sacerdote se lo explicó muy serio, los niños se rieron y se burlaron de su griego pronunciado con acento egipcio. Cuando estaban solos jugaban a imitarlo, a él no le importaba, sabía que no había malicia en su pantomima. Pero cuando Nimlot les dijo que caería sobre ellos una maldición, los hijos de Ptolomeo se asustaron y buscaron otro objetivo para sus pedradas.

Una vez que el disco de Ra estuvo a salvo, Nimlot se giró en redondo y subió las escaleras hacia la puerta principal ensimismado en sus asuntos hasta que Nicanor lo agarró por un brazo. El macedonio le hizo un gesto con la barbilla para que observase a Berenice, como si entre hombres no fuese necesario usar palabras para hacerse entender.

Mientras el sacerdote observaba a la recién llegada, Nicanor a su lado ordenó:

—Abrid las dos puertas. Ptolomeo está a punto de llegar —lo hizo levantando sus brazos, con todos los aspavientos que usan los griegos y que a los egipcios les parecen una exageración.

Con una puerta hubiese bastado para que cupiese la biga de Ptolomeo, pero algo le decía a Nicanor que Ptolomeo necesitaba una gran entrada ese día, algo ruidoso, una gratuita demostración de poder. Es lo que a él le hubiese gustado si fuese el gobernador de Egipto y hubiese una mujer como Berenice en la puerta del palacio.

—¿Acaso crees que Ptolomeo no tiene suficientes amantes? —le dijo Nimlot al oído—. Si Antígona se entera de que una mujer como esa se halla en lo alto de la escalera del patio de armas, vestida con un traje de Afrodita y esperando a Ptolomeo, la echará a patadas.

—Me temo que esta vez Antígona no puede echarla a patadas —respondió el general divertido y rio de forma ostentosa—. ¿No sabes quién es esa muchacha verdad? Vigíla mientras yo aviso a Antígona.

Berenice sospechó que estaban hablando de ella, pero se mantuvo firme, se propuso parecer fría y digna, se peinó el cabello con las yemas de los dedos, compuso el vestido y con la palma de la mano retiró el sudor de su cuello. No era momento de acobardarse e implorar.

En la espera, una esclava que se encontraba en la terraza del primer piso que daba al patio de armas, vio a Berenice y corrió a comentárselo a su ama, Antígona. No tenía ni idea de quién podía ser la visitante, pero le describió con detalle el rostro, talle y traje de Berenice.

Antígona pensó que se trataba de una suplicante, a veces las esposas de los soldados pedían la protección de Ptolomeo cuando se quedaban viudas. Como estaba afanada con otra cosa, no le dio importancia y se olvidó de ella. Pero en su cabeza comenzaron a atarse algunos cabos de forma lenta pero persistente, y al rato tuvo cierto presentimiento, una extraña y alarmante sospecha: ¿podría tratarse de Berenice? ¿Es que su hija viuda se había atrevido a dejar Macedonia y buscar refugio en Egipto? Al principio lo negó, era absurdo, una viuda con tres hijos viajando sola por el Egeo, no concebía nada tan peligroso.

Antígona desconocía que Berenice había remontado el Nilo esa misma mañana. Como al llegar a Menfis su aspecto era desmañado y sus hijos estaban cansados por el largo y frenético viaje desde Macedonia, habían tomado una habitación en el barrio griego donde habían dejado sus pertenencias. Berenice decidió ponerse su mejor vestido, aquel que le había entregado su primo Casandro la víspera de partir en circunstancias tan desesperadas.

Al vestirse con él, maldijo a Casandro, era un traje de prostituta persa, ceñido, escotado y de color coral. Pequeñas cadenitas con monedas colgaban cosidas de la cadera, sin duda las ganancias de una ramera de lujo. Cuando andaba dejaba ver sus tobillos y aunque no se había visto al espejo, Berenice sabía que había en el traje algo irresistible porque los soldados de Ptolomeo se encontraban cada vez más revolucionados. De

hecho, comenzaron a llegar de una y otra parte del palacio hombres y más hombres sólo por el gusto de verla.

Cargaba pesadamente con la espada de su difunto marido. Era lo único de valor que dejó al morir, todo lo demás fueron deudas. El gobernador de Macedonia, su tío Antípatro, se había encargado de todo, era el jefe de la familia, y además se lo había prometido a Antígona. Pero Antípatro llevaba muerto casi un año y su hijo Casandro le dijo que su asignación sólo se mantendría bajo ciertas circunstancias. Después su primo se encargó personalmente de ahuyentar a todos los pretendientes de Berenice, impidiéndole casarse nuevamente en buenas condiciones, incluso sin dote.

Hasta que no se vistió esa mañana Berenice no supo cuan inapropiado era aquel traje. Al verla en el atrio, su casero del barrio griego le dijo que conocía muchos hombres que pagarían por sus servicios, pensando que se trataba de una hetaira griega.

—¡Por Hera! ¿Es que no respetas a una viuda con tres hijos? ¿No te das cuenta de que no soy una prostituta? —le respondió ofendida. Sospechó que el rojo coral y la seda liviana atraían a los hombres como la miel a las moscas.

—Si cambias de opinión, avísame —insistió el casero. Como respuesta obtuvo un portazo de la macedonia.

Al poco de salir de la casa donde se alojaba se creó una enorme expectación, como si Berenice en realidad estuviese paseando por las calles de Menfis desnuda y con la piel cubierta de polvo de oro. Pero ya era tarde, no tenía otro vestido y no podía presentarse en el palacio con los harapos del viaje con los que se había ocultado para que ningún hombre reparase en ella. Ni siquiera poseía un manto decente para taparse, ni una litera que la llevase al palacio oculta de las miradas. Su poco dinero se había terminado de gastar esa mañana en el mercado de telas de Menfis, donde compró túnicas de lino para los niños, que ahora les otorgaban un aspecto reluciente.

El mayor, Magas, hubiese querido portar la espada, pero su madre se lo impedía, sabía que llevar entre sus manos el arma de su marido la hacía

parecer respetable. Necesitaba un aspecto de viuda honorable, a pesar del atuendo dudoso de ramera persa.

Esperó a que apareciese alguien en las escaleras que partían del patio de armas y conducían a la puerta principal. Se suponía que habían acudido tres esclavos a buscar a su prima Eurídice y a su madre Antígona. Su hijo mayor le dijo:

—Madre, tal vez la prima Eurídice no se acuerde de nosotros.

Su segundo hijo añadió:

—¿Y si no nos quiere recibir? Ahora es la mujer del gobernador de Egipto. Tal vez Ptolomeo le diga que tenemos que volver a Macedonia.

—¡Callaos ya de una vez! —les dijo furiosa—. Nadie nos va a echar, esta noche dormiremos en el palacio y recibiréis un buen baño. La abuela intercederá por nosotros, tiene gran influencia sobre la prima Eurídice y su marido Ptolomeo.

Nimlot y Nicanor, apostados en la barandilla de las escaleras la miraban expectantes a cierta distancia. Se preguntaban por qué tardaba tanto Ptolomeo y hacían conjeturas entre ellos adivinando qué le había retenido más de lo normal aquella tarde que había salido de caza. Ignoraban que la rueda del carro se había hundido entre el barro del Delta, obligando a los dos hermanos a empujar y sumergir sus brazos en el lodazal para desatascarlo.

La prima Eurídice también fue informada de que había una mujer esperándola. La esclava olvidó decir el nombre de la visitante y Eurídice le dijo despreocupadamente:

—Dile que hable con Nimlot, se encarga de las suplicantes. No me molestes.

Como la espera se alargaba, Nicanor se presentó en las habitaciones de Antígona y agarrándola por la cintura le dijo:

—¿Adivina quién está en la puerta del palacio? La he visto y es tan fea como tú, debe ser algo de familia —como Antígona no parecía acertar, Nicanor se la llevó al balcón para que se asomase a verla.

El estruendo del carro de Ptolomeo precedió al gobernador de Egipto. Llevaba a los hombros un arco y un carcaj. El resto de su cuerpo era barro seco, sudor y polvo. Nicanor abandonó a su amante y corrió a la escalinata para recibir a Ptolomeo. Se puso al lado de Nimlot, y como dos amigos que esperan a unos huéspedes, sonrieron y se dieron codazos de complicidad.

Al ver el aspecto desaliñado de Ptolomeo, el sacerdote se tapó con su mano derecha los ojos como reproche. Le recordaba a los obreros que amasaban el adobe. No era el mejor aspecto que podía ofrecer el gobernador de Egipto, otra prueba más de que los macedonios nunca sabrían comportarse, ninguno tenía madera de faraón.

Su hermano Menelao llevaba al hombro la caza: dos ánades y un pato atadas por las patas.

Un esclavo de las cocinas salió corriendo y alcanzó en el aire las presas que Menelao le arrojó. Formarían parte de la cena. Un soldado tomó las riendas de la biga que Ptolomeo le entregó y la condujo a las caballerizas del palacio. Los dos hermanos bajaron del carro y bebieron los vasos de vino que otros sirvientes solícitos pusieron a su alcance para mitigar su sed. Eran los amos de Egipto, gozaban de todos los privilegios con los que un hombre puede soñar en época de paz: caza, carros y un palacio lleno de mujeres.

Los galgos, que solo comían de la mano del gobernador, salieron ladrando del palacio a recibirlos. Los gatos, que siempre dormían a la sombra del patio, huyeron en cobarde retirada al oír los ladridos de los perros. Ptolomeo sonrió satisfecho de la vida, aquella era la mejor hora del día.

El macedonio pensó en quitarse las sandalias y nadar en el estanque del jardín entre las carpas. Se olvidó de sus planes al ver a Nimlot y a Nicanor. Nimlot, le esperaba en el primer escalón como de costumbre, pero había algo en su rostro que le inquietó.

—¿Algo nuevo en el país del Nilo? —le preguntó Ptolomeo distraído jugando con sus perros. Solía informarle de los asuntos nada más llegar.

—No sé muy bien qué responder, mi visir —le dijo Nimlot con cierta ironía en su voz, cabeceando y jugando con el estilo que siempre llevaba

en la mano —. Tal vez tengamos una pequeña tormenta. Caerá sobre ti en cuanto llegues a lo alto de la escalera.

—Es absurdo —le respondió el macedonio sospechando algo extraño en sus palabras, el sacerdote a veces le parecía críptico—. Nunca llueve en Menfis.

—¿Y tú? —le preguntó a Nicanor— ¿Tienes algo de lo que informarme?

El general le respondió que lo que tenía que decirle ahora carecía de importancia y se lo podría decir en cualquier otro momento.

Ptolomeo subió los escalones distraído hablando de asuntos de caza con su hermano. Entonces, casi chocó con Berenice. La miró, fijó su vista en la espada, luego se percató de aquellos niños a su lado, que aparecieron corriendo como si su madre necesitase protección frente a aquel desconocido sucio, musculoso y de andares marciales. Se apretaron junto al cuerpo de su madre.

El gobernador de Egipto necesitó unos instantes para comprender qué estaba sucediendo. La mujer le dejó perplejo, es más, tocó el brazo de su hermano para asegurarse de que él también la había visto.

—Pero ¿quién eres tú? —fue lo único que se le ocurrió decir abriendo los ojos de par en par. La elocuencia le había abandonado, siempre le ocurría con las mujeres hermosas.

Berenice, que tenía preparado un pequeño discurso consistente en decir que era la prima de Eurídice y la hija de Antígona, se quedó sin habla. Aquel hombre sucio le pareció tremendamente soberbio. Como defensa se aferró a la espada, y por primera vez en su largo viaje consideró la posibilidad de no ser bien recibida en el palacio de Menfis. Puso cara de enfado, pero sólo logró un puchero que le dio aspecto cómico. Los hermanos aguantaron la risa.

Entonces se oyó una voz familiar desde lo alto de una terraza por la que ascendían flores de madre selva y donde jaulas de aves de colores colgaban de los techos. Allí estaba su madre, entre cortinas flotantes y celosías de madera con espejuelos de plata que brillaban al sol. El ala de las